

Por un retrato de Luis Buñuel

Entrevista con Carlos Saura y Francisco Rabal

Guzmán Urrero Peña

Entre los proyectos de Buñuel que no llegaron a prosperar figura un guión, Goya, presentado sin éxito a la Junta Magna del Centenario de Goya en Zaragoza. Otro tanto ocurrió con el libreto en inglés La duquesa de Alba y Goya, que ofreció el director a la compañía cinematográfica Paramount Pictures en 1937. Vista a esa luz, la representación que del pintor aragonés hace Carlos Saura en su filme Goya en Burdeos (1999) adquiere un tinte buñuelesco lleno de sentido. Para calibrar este cotejo entre Goya y Buñuel, conviene antes recordar la confianza depositada por el realizador en su paisano y amigo: «De Carlos Saura, aragonés como yo, a quien conozco hace tiempo (incluso consiguió hacerme interpretar un papel de verdugo en su película Llanto por un bandido), me gustaron mucho La caza y La prima Angélica. Es un cineasta al que soy generalmente muy sensible». Nótese que tal elogio, registrado en Mi último suspiro, permite colocar a Buñuel en el centro del plan goyesco de Saura, fin del movimiento iniciado con aquellas variaciones en torno al pintor escritas por el director de Calanda. En suma, todo un juego de simetrías que, sin sustraerlo a precisiones de memoria y afecto, propusimos al director Carlos Saura y al actor Francisco Rabal durante el encuentro con la prensa celebrado el 4 de noviembre de 1999, tras el preestreno de Goya en Burdeos.

CARLOS SAURA: Todos sabemos que Buñuel es un extraordinario cineasta, pero además fue para mí un amigo entrañable, desgraciadamente perdido. Conversar con él era una experiencia maravillosa, dado que siempre tenía infinidad de ocurrencias. Y han sido esas charlas una fuente de inspiración muy considerable a la hora de redactar mi guión sobre Goya. Los diálogos de la película son, lógicamente, invenciones, pues el pintor apenas dejó constancia escrita de sus pensamientos, más allá de su conocido epistolario con Zapater. Por esa razón, a la hora de rellenar las diversas lagunas de su personalidad, opté por atribuirle frases que yo había escuchado decir a Buñuel; no en vano considero que son muchos los parale-

lismos existentes entre ambas figuras. Lo cual viene a justificar otro detalle de la caracterización: cuando Francisco Rabal me preguntó cómo veía yo al personaje, le dije que debía imitar, con cierta mesura, el habla de Luis Buñuel. A la vista de algunas secuencias, me parece que tal imitación casi resulta exagerada, y yo estoy viendo ahí a un Buñuel redivivo. En este sentido, hay que reconocer que esa inspiración era esencial para ambos.

FRANCISCO RABAL: El Goya que interpreto padece, como Buñuel, la sordera y el exilio, que es una de las cosas más tristes del mundo. Indudablemente, su recuerdo ha sido constante durante todo el rodaje y, aún en este momento, sigue emocionándome. Luis era un hombre encantador, provisto de una gran dulzura. Ciertamente que a veces mostraba una faceta más brusca, pero esa violencia que señalaba traslucía la ternura de su carácter, volcada de forma muy significativa sobre los humillados, sobre las personas más desfavorecidas. Por esa humanidad, este recuerdo que conservo es el de alguien que llegó a ser extremadamente familiar para mí. De hecho, al conversar, siempre me llamaba «sobrino», mientras que yo hablaba de él como «mi tío».

En cierto sentido, sigue vivo para mí. Sueño mucho con mis parientes desaparecidos –mi padre, mi hermano– y también sueño con Buñuel, en quien hallé un segundo padre. Al paso del tiempo, se convirtió en una presencia continua en mi biografía. Bien sabido es que nos conocimos cuando me llamó para interpretar el papel de Nazario en *Nazarín* (1958), título que renovó mi carrera y motivó mi proyección internacional. El episodio fue sencillo: recién llegado yo a México, al poco de saludarnos, hubo una simpatía recíproca que convirtió aquel primer contacto profesional en amistad sincera. Amistad que, ciertamente, se prolongó en su familia, a tal extremo que continúa hoy el afecto que siento por sus hijos Juan Luis y Rafael, y también por su sobrino, Pedro Christian García Buñuel. Traté asimismo al hermano de Buñuel, Alfonso, fallecido en 1961. Por desgracia, la muerte nos va arrebatando a todos los integrantes de aquella generación (aún contamos con Pepín Bello, pero perdimos hace poco a Rafael Alberti, muy querido por mí). Sin embargo, desde la memoria, Buñuel sigue presente en todo cuanto hago y siento. Es más: aún atiendo sus consejos en mi quehacer diario, fascinado por aquel universo creativo que supo componer merced a su enorme talento. De ahí mi alegría por este homenaje que se le haya podido rendir con la película *Goya en Burdeos*.

C. SAURA: Como indicaba, hay mucho de Buñuel en este largometraje. Por lo demás, nos movíamos entre aragoneses, dado que, aparte de mí, lo